

La obsesión por el crecimiento material y el llamado modelo asiático de desarrollo

H.C.F. Mansilla

El PROGRESO MATERIAL SEGÚN PARÁMETROS occidentales se ha transformado en el criterio obvio para evaluar todo sistema social, económico, político y hasta cultural a lo largo y a lo ancho de todo el planeta. Los frutos nada promisorios tanto del desenvolvimiento más adelantado de la industria como del consumismo metropolitanos nos muestran, sin embargo, que este tipo de civilización no es tan pleno de bondades como lo aseveran sus apologistas y lo creen los que aun no han llegado a él. Los intelectuales y dirigentes del Tercer Mundo deberían conocer mejor sus lados negativos antes de considerarlo como la única alternativa de evolución histórica.

Se puede comprender la urgencia que hay en las periferias mundiales por el "desarrollo", pero ésto no significa apoyar acriticamente estos anhelos. Se puede pensar en una evolución

histórica conscientemente acelerada que esté dedicada a la satisfacción de necesidades vitales como alimentación, vivienda, vestido, educación y libertades individuales, basada en la agricultura, en algunos servicios indispensables y en ciertos tipos de manufactura sencilla, sin tener por ello que imitar la industrialización metropolitana.

El consumo de masas, la modernización de todas las esferas de la vida social e individual y la imitación, por consiguiente, del modelo occidental conformaron siempre los valores normativos centrales de todo régimen socialista. En 1961 el primer ministro y primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Xruschév, prometió a la generación soviética en vida (para 1980) el goce del comunismo más completo, constituido éste por la plenitud del

bienestar material, teniendo explícitamente a Occidente como el modelo a imitar. La meta ya no era el "Hombre nuevo", sino el "el automóvil nuevo". Si se toma como objetivo alcanzar *cuantitativamente* el ingreso *per capita* de las naciones más avanzadas de Occidente, entonces se establece, con o sin premeditación, *cualitativamente* como meta del experimento socialista el copiar cabalmente al incriminado capitalismo. Lo cual permite advertir irónicamente los fracasos del socialismo en la vida cotidiana.

En la China, por otra parte, la evolución posterior a la Revolución Cultural (1966-1976) puede ser interpretada como un intento modernizante que deja a un lado conscientemente las veleidades de un experimento radical y autoctonista y se concentra en los métodos habituales para industrializar un extenso territorio. Todas las fracciones del Partido Comunista Chino han querido convertir a su país en una potencia grande y fuerte a nivel mundial, resolviendo las diferencias entre ellas en la cuestión relativa al camino hacia tal fin. Los sucesores de Mao Tse-Tung se decidieron tras una década de controversias por la imitación de los centros metropolitanos en lo que se refiere al progreso material: sacando a relucir una posible cita del Gran Timonel de 1956, los altos dirigentes tienen en vista el sobrepasar a Estados Unidos como objetivo central del programa

modernizador. En realidad, lo que anhela la China Continental es obtener las conquistas de *Taiwan* en las esferas de la industria, la agricultura, la educación técnica y el consumo masivo, pero conservando un régimen político autoritario, una cultura convencional-colectivista y una vida cotidiana altamente reglamentada desde arriba —todo ello muy en consonancia con las tradiciones paternalistas de la antigua China.

Es interesante mencionar que *Taiwan* exhibe un desempeño económico realmente envidiable: 40 años de crecimiento continuado del orden del 8% anualmente, las mayores reservas de divisas del mundo después del Japón, inversiones cuantiosas en la mayoría de los países del sudeste asiático, concentración en diez áreas estratégicas de tecnología intensiva y "emergente" y un continuado y ejemplar fomento estatal de la educación y la investigación científico-técnica. Y todo esto con una estructura de empresas medianas y pequeñas, es decir a contrapelo de lo mundial. A esto hay que añadir un proceso profundo y aparentemente irreversible de democratización (a partir de 1988/1991), que no excluye, por cierto, la permanencia de ciertos factores paternalistas en la vida política y económica. En una palabra: todo lo que trata de obtener la población de la China Continental ya lo consiguió *Taiwan* con esfuerzos colectivos cualitativamente más reducidos, con

poquísimas víctimas, logrando resultados infinitamente mejores sin el uso de tediosas doctrinas que hasta ahora proclaman la supremacía del modelo socialista chino.

Regímenes que tienen poco de socialistas han redescubierto las ventajas que proporcionan un sistema general autoritario, una tradición ascética y un legado de disciplinamiento social, sobre todo en la educación y en la vida en el interior de las empresas. Este tipo de organización socio-cultural y económico, extraordinariamente exitoso —sobre todo en la percepción de la prensa...— se inició en el Japón y en pocas décadas se expandió a *Taiwan* (desde 1949), Singapur (desde 1961), Corea del Sur (desde 1961) y, en menor medida, a Malasia (a partir de 1981), Indonesia (desde 1965) y Tailandia. (Hay que señalar, empero, que Corea del Sur y *Taiwan* han iniciado desde aproximadamente 1990 un proceso de democratización bastante serio, que se acerca al modelo occidental y se distancia del autoritarismo típico regional). Se trata de un capitalismo industrial avanzado que funciona bajo la camisa de fuerza de "una rígida estructura política y de un paternalismo despótico", que "será flexible según las circunstancias: benévolo si reina el conformismo y la apatía entre los súbditos e implacable ante todo brote de rebeldía y contestación". *Mario Vargas Llosa* comprendió que estos sistemas, a la cabeza de los cuales se halla

actualmente la China Continental, intentan combinar los factores ya mencionados de una modernización autoritaria: a) un control exclusivo y excluyente del poder político con b) un liberalismo salvaje en las relaciones económicas (aunque el Estado haya fomentado la educación popular, vocacional y profesional durante largas décadas y haya organizado discreta pero seguramente la cooperación entre las empresas privadas). Se entierra al comunismo, pero no del modo espectacular y traumático como en Europa Oriental, sino "con delicada hipocresía, de manera indolora, a poquitos y salvando las apariencias".

El éxito del crecimiento económico de estos países (que es lo único que fascina a la mayoría de los observadores) resalta a la vista del caos dejado por la ex-Unión Soviética y de los resultados muy mediocres de la instauración combinada de democracia liberal-democrática y economía de libre mercado en Europa Oriental (aunque la situación tiende aquí a mejorar rápidamente) y en otras regiones (como los Balcanes, el Cáucaso y el Asia Central). El antiguo primer ministro y artífice del actual Singapur *Lee Kwan Yew* lo dijo escuetamente: "Lo que un país requiere para crecer es disciplina, más que democracia". El "autoritarismo blando" que aquí se propugna abiertamente no está frontalmente en contra de los derechos humanos de índole occidental, pero subraya más bien

el sentido de responsabilidad, la sumisión (a menudo emotiva e identificadora) bajo un colectivo de vieja data, el respeto a las autoridades y a los superiores, el anti-individualismo y la persistencia de redes familiares y de seguidores.

Según la opinión prevaleciente en Occidente, la cultura china borra intencionada y sistemáticamente toda diferencia entre grupo y persona, lo que también se percibe en el infantilismo y la desexualización de la vida social china, estorbaría la búsqueda de la felicidad y la defensa de los intereses personales como si fuesen muestras detestables de egoísmo y egocentrismo. Se dice también que este desenvolvimiento tiene que ver con un renacimiento de la *ética confuciana* de la educación permanente, con la gran necesidad secular de una armonía social, con el dominio ininterrumpido de las jerarquías familiares, sociales y hasta políticas, con la potencia efectiva del Estado central y la pervivencia del paternalismo, es decir: con factores socio-culturales que encajan muy bien en cierto tipo de modernización iliberal, pues este contexto anti-individualista se aviene admirablemente con una tradición que mantiene a las masas incultas bajo el mando paternal de élites privilegiadas.

Pero observadores críticos tienen la impresión, por otra parte, de que los llamados *valores asiáticos* no son otra cosa que unas pautas muy convencionales de comportamiento de cuño autori-

tario y de origen premoderno, que son usadas ahora como instrumentos de poder y disciplinamiento por las clases gobernantes. Estas últimas otorgan artificial pero exitosamente a los valores asiáticos un barniz de nacionalismo anti-occidental y de notable antigüedad, abusando para ello de las doctrinas atribuidas al divino Confucio, cuya enseñanza era algo más liberal e individualista.

Pero es indispensable mencionar asimismo que esta "ventaja autoritaria" no es tal o sólo de corta duración: la reforma económica liberal trae consigo a la larga modificaciones en la esfera de la cultura, la política y las pautas de comportamiento, que, después de cierto límite, no pueden ser controladas por el gobierno central; los cambios necesarios de políticas públicas no pueden ser ni explicados plausiblemente ni implementados por los gobiernos autoritarios sin ocasionar efectos traumáticos en las poblaciones afectadas; la democracia produce una respetable expansión de responsabilidades e iniciativas (que contribuyen precisamente a paliar graves crisis); y las instituciones democráticas ayudan a reducir los costos de las propias reformas económicas.

En un estudio muy interesante de la pluma de un funcionario del Banco Mundial, se señala apropiadamente que las causas del éxito económico de los países del Asia Oriental no tienen que ver esencialmente con la ética laboral

confuciana o la cultura ancestral de la frugalidad y la autodisciplina (que siempre existieron y antes de 1960-1970 no parecen haber aportado gran cosa a un proceso de rápida industrialización y modernización, como ya lo vio *Max Weber* a comienzos del siglo XX). Los motivos para el "despegue" técnico-económico deben ser vistos más bien en 1) la voluntad colectiva de cambio social acelerado, en 2) el continuado apoyo estatal-institucional a ese programa de cambio (incluyendo una severa disciplina fiscal-financiera), en 3) el diseño de abrirse en forma pragmática y flexible a nuevas experiencias, tecnologías y procedimientos, rechazando cualquier tipo de proteccionismo, y en 4) la dedicación a la exportación, aunque este ingreso al mercado mundial haya demandado algo que la opinión pública pasa fácilmente por alto: largos años de incipientes fracasos, que es lo mismo que un duro aprendizaje. Este análisis reconoce que el "modelo" (en sí mismo muy diverso) del Asia Oriental contiene también aspectos francamente negativos: un persistente autoritarismo socio-político y una destrucción del medio ambiente sin precedentes históricos por el grado de su intensidad y magnitud.

Las perspectivas del sistema de la modernización autoritaria no parecen ser demasiado promisorias en vista del actual fenómeno casi universal de una tendencia

individualista o individualizante a largo plazo, aunque en esta esfera resulta aventurada cualquier predicción. Aquí se muestra el dilema básico de toda teoría general, que si bien detecta reglas y valores de aceptación colectiva, no puede explicar satisfactoriamente por qué algunos sujetos individuales y grupales no se pliegan a las pautas normativas de comportamiento y más bien desarrollan un espíritu sensible y crítico con respecto a las injusticias del orden dado y a sus principios rectores, como es el caso de los opositores políticos e intelectuales en la República Popular China.

La idea prevaleciente de que primero se deben construir las bases materiales de cualquier modelo y que luego se darán casi automáticamente las condiciones para una democracia plena, exhibe un grado muy elevado de *mecanismo* social, que ya fue probado ampliamente en la Unión Soviética, y ya conocemos con cuáles efectos. Si se realiza la acumulación primaria de capital, no sólo importa la dimensión técnica, sino también la humana y política: sin democracia genuina desde el principio, el destino de tales esfuerzos es irremediablemente caer en los totalitarismos propios del siglo XX.

La percepción y comprensión de toda esta problemática, que es tan relevante para la conformación de una sociedad razonable, están influenciadas por nuestros prejuicios y nuestras preferencias,

Los intelectuales europeos y norteamericanos, por ejemplo, están tan hastiados con la propia organización social que tienden a ver las revoluciones de la periferia en una luz mucho más favorable de lo que éstas merecen. "En la lejanía

todo se vuelve poesía". Confrontados con un mundo esencialmente extraño y exótico, estos señores se muestran rápidos para la admiración, pero perezosos para la reflexión.☺